



LOS ÁNGELES NOS MUESTRAN QUE NO ESTAMOS SOLOS

Hno. Francisco Javier Sáez de Maturana

Próximas las fiestas de los santos arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael -el 29 de septiembre-, y de los santos ángeles custodios -el 2 de octubre-, deseo compartir una breve reflexión.

UN TEMA QUE INTERESA

En nuestro mundo actual, tantas veces marcado por la duda y la indiferencia religiosa, hablar de Dios se vuelve difícil. Esta dificultad parecía exclusiva del hemisferio norte, pero ya la constatamos en América Latina y, en concreto, en el Perú.

Muchos sienten a Dios lejano, abstracto, intocable, al margen de la cotidiana experiencia. Y, sin embargo, la pregunta permanece en el corazón humano: ¿de dónde viene el mal si Dios es bueno?, ¿por qué el dolor, la injusticia, el exterminio de un pueblo, la soledad? La pregunta de Epicuro resuena sin cesar.

A veces, acercarnos a lo divino a través de la figura de otros seres humanos nos cuesta, porque también los santos fueron frágiles y limitados. Pero la fe cristiana siempre nos ha

recordado que Dios, en su bondad, no nos deja solos: nos envía mensajeros.

En la Biblia se les llama “ángeles”, y su presencia nos habla de un Dios que acompaña, cuida, protege y guía con ternura. Hablar de “ángel de la guarda” es un modo de decir que Dios cuida de cada persona de forma permanente, con un cariño inmenso.

Es asombroso comprobar cómo, a pesar de la secularización y de la indiferencia hacia lo religioso tradicional, la creencia en la existencia de los ángeles es enorme. Cree en los ángeles, por encima del 50% de la población, en casi todos los países de los cinco continentes,

UNA MIRADA A LA BIBLIA

Los ángeles están presentes en la Biblia. Aunque no aparecen en la creación del mundo, leemos en el libro del Génesis que los querubines vigilan el paraíso después de la caída. Leemos:

“Y después de expulsar al hombre, puso al oriente del jardín de Edén a los querubines y la llama

de la espada zigzagueante, para custodiar el acceso al árbol de la vida” (Gén 3,24).

¿Qué significa el término “querubín”? Más que significar, indica ante todo un servidor o asistente de Dios; posteriormente, también se considera un ángel y, en la Edad Media, se incluye en las jerarquías angelicales.

Siguiendo la Biblia los ángeles interrumpen -felizmente- el sacrificio de Isaac para transformarlo en bendición, acompañan a Jacob en su lucha y le dan un nuevo nombre. En el libro de Tobías, el ángel Rafael cura y guía; al profeta Elías lo despierta un ángel y lo alimenta cuando está cansado y desesperado.

El ángel Gabriel, por su parte, es el mensajero que anuncia a María el nacimiento del Salvador. Un ángel entra en acción cuando José estaba viviendo un gran drama al saber que su esposa estaba embarazada sin intervención suya, y le hace una revelación liberadora: le dice que no tenga miedo de llevarse a María “porque lo que ha sido engendrado en ella proviene del Espíritu Santo” (Mt 1, 20). En Belén, una multitud de ángeles canta la gloria de Dios a los pastores.

Jesús mismo vive esta experiencia: un ángel lo fortalece en Getsemaní antes de su pasión. Y el día de Pascua, son ángeles los que anuncian a las mujeres la buena noticia de la resurrección.

De principio a fin, los ángeles aparecen como signo de que Dios no se desentiende de la humanidad, sino

que está siempre presente en sus momentos más decisivos.

SERVIDORES Y MENSAJEROS

A lo largo de la historia de la Iglesia, la fe en los ángeles se ha expresado de muchas maneras. San Agustín decía que “ángel” no indica lo que son, sino lo que hacen: son espíritus, pero se llaman ángeles porque son enviados. Las palabras del obispo de Hipona son las siguientes:

“El nombre de “ángel” indica su oficio, no su naturaleza. Si preguntas por su naturaleza, te diré que es un espíritu; si preguntas por lo que hace, te diré que es un ángel”.



El Catecismo de la Iglesia Católica nos recuerda que los ángeles son servidores y mensajeros de Dios, siempre al servicio de Cristo y de su obra de salvación (CATIC 329; 329-333). Y la tradición popular, con ternura, nos ha regalado la devoción al ángel de la guarda: ese compañero invisible que custodia nuestro camino y

mantiene abierto para nosotros el cielo.

SIGNOS DE ESPERANZA

En este Jubileo de la Esperanza, quizás podamos volver a descubrir a los ángeles como **signos de esperanza**. Dejemos aparcada un poco tanto nuestra imaginación y nuestra curiosidad por lo enigmático -más que por lo misterioso-, que más que facilitarnos nada sobre ellos, los trivializa.

Por ejemplo, cuando decimos que “el ángel del Señor anunció a María”, estamos proclamando algo inmenso: Dios quiso hablarle a una joven concreta, entrar en su historia y hacerse presente en su vida. ¿Cómo sucedió aquello? ¿En qué forma exacta ocurrió? El Evangelio no lo detalla. Y, sin embargo, muchas veces nuestra curiosidad se queda enredada en esos detalles externos. Nos preguntamos cómo fue, qué aspecto tendría el ángel, qué palabras exactas se usaron.

Pero ese no es el centro. Lo esencial no está en la anécdota, sino en el Misterio: Dios tomó la iniciativa, Dios salió al encuentro, Dios se hizo cercano a María. Ese es el corazón del anuncio, y es también la buena noticia para nosotros: el Señor sigue comunicándose, sigue viniendo a nuestra vida, sigue entrando en nuestra historia como entró en la de ella.

Creo que sería mejor ver en los ángeles algo muy hermoso. Y ¿qué puede ser eso tan hermoso? Pues la certeza de que Dios se comunica, de que su voz resuena en lo más profundo de nuestro ser, inspirándonos..., pero no todo vale.

San Pablo es amigo del discernimiento. San Ignacio de Loyola sigue en esa línea. Pues bien, tanto uno como otro nos han enseñado a discernir: hay mociones que vienen del buen espíritu y otras del malo. Los ángeles, entonces, nos recuerdan que no todo lo que pasa por nuestro corazón es neutro: algunas voces nos acercan a Dios, otras nos alejan. Los ángeles nos muestran lo que es de Dios y lo que nos ayuda a descubrir a Dios.



En definitiva, los ángeles son un puente entre Dios y nosotros. Nos invitan a abrirnos a la confianza, a escuchar más hondo, a dejarnos guiar por la voz del Espíritu. Más allá de seres con alas, son compañeros de camino que cantan la gloria de Dios, que alientan en la prueba y que nos conducen siempre hacia la vida.

SÍMBOLOS VIVOS

Quizá no podamos “demostrar” su existencia como se prueba un fenómeno científico. Hay muchas realidades que no se pueden “demostrar” científicamente, pero son reales. En esto coincidimos todos. El amor es real, pero no se puede demostrar, en cuanto tal.

Aunque creo que no podemos demostrar su existencia – digo “creo” porque igual sale por ahí alguno que sí puede hacerlo-, sí podemos experimentar su realidad en la fe, como símbolos vivos de la cercanía amorosa de Dios, como luces que nos orientan y nos llevan a la Luz, como amigos del alma que nos recuerdan que la plenitud del cielo no está lejos, sino que está abierto y cercano.

Leemos en la Regla de Vida: “El instituto ... honra de una manera particular ... a los Ángeles de la Guarda” (RdV 19). Nos hace bien tenerlos presentes.

Y si los hemos olvidado un poco, que redescubrirlos nos ayude a vivir con más esperanza y confianza, creyendo de verdad que no estamos solos y, más nosotros, que estamos llamados a ser sembradores de esperanza en la

educación y tratamos de vivir la pedagogía de la confianza. Sí, Dios nos habla, nos acompaña y nos envía siempre mensajeros de su amor. Si no los descubrimos no es por causa de Dios.

SER ÁNGELES

Termino. Al hablar de los ángeles, me viene a la memoria una frase del filósofo, poeta y teólogo danés Kierkegaard:

“¡Ángeles, ángeles! Algunos dicen que no existen... Bien, pues comportate tú como un ángel y así habrá ya un ángel en este mundo”.

Esta frase nos deja una invitación genial: más allá de preguntarnos si existen o no los ángeles, la clave está en vivir de tal manera que la presencia de cada uno de nosotros sea como la de un ángel para los demás.

Los ángeles son mensajeros de Dios, portadores de su luz y de su cuidado. Y cuando tú y yo vivimos con un corazón abierto al Evangelio, cuando nos dejamos guiar por la Palabra de Jesús, también nos convertimos en un signo de su presencia.

Ser “angélicos” no significa ser seres irreales, ni medio raros. Ser “angélicos” es algo inmensamente grande, desde lo humilde y sencillo: es vivir de un modo divino en lo humano: con gestos de bondad, de ternura, de misericordia, de servicio.

Cada vez que damos una palabra de aliento, cada vez que bendecimos con nuestras palabras, cada vez que escuchamos con paciencia, cada vez que tendemos la mano a quien lo necesita, nos acercamos a esa misión angélica. En el fondo, es dejar que nuestra vida entre en sintonía con el Evangelio, para que otros puedan reconocer en nosotros algo de la luz y de la alegría de Dios.



Lima, 23 de septiembre 2025